

LA CUESTION ACERCA DE DIOS

Ricardo González Giraldo

Una pregunta que es necesario hacer, cuando iniciamos este tema, es la siguiente: Existe Dios? Y por extensión: Quién es Dios?

La base del problema está en preguntarnos si podemos presentar pruebas para sustentar esta afirmación, precisamente cuando vivimos una época, en la que el sostener la realidad de Dios parece no ser válido y sí insignificante para muchos, en nuestro mundo.

La ausencia, en este particular momento histórico, de la idea de lo sobrenatural, es consecuencia del desarrollo del conocimiento, cuyo término parece estar expresado en la afirmación "Dios ha muerto", no como una simple afirmación particular, sino como una realidad vivida en nuestra historia.



Algunos cambios en la visión del mundo han contribuido al desarrollo de esta idea.

El primer rompimiento con la concepción tradicional se dió cuando Copernicus, seguido por Galileo y Newton, cambiaron la concepción del mundo.

Las ciencias físicas reemplazaron la hipótesis filosófico-religiosa, en la explicación de la realidad del cosmos y del hombre, de una manera diferente a la presentada por la concepción griega y bíblica.

Otro momento lo encontramos en Darwin, al descubrir al hombre como proveniente de un mundo sub-humano, debilitando, de esta manera, la tradición filosófica del origen del hombre y dando paso a los conceptos biológicos.

Continuando el camino de la historia, encontramos a Freud, quien afirma que la conciencia intelectual del hombre está basada en los instintos inconscientes, para descubrir luego la noción de Dios como una proyección psicológica de las necesidades y deseos del hombre.

Más adelante nos encontramos con el desarrollo de la sociología, mediante la cual el hombre se hace consciente de su estado de dependencia, basado en una imagen de Dios, como ajuste y agregación a un sistema socio-económico determinado; no es necesario hacer un mayor esfuerzo para entender que acá está reflejado el sistema de Marx.

Roto el marco filosófico tradicional de la concepción del mundo y del hombre y por ende de Dios, se desata una crisis, cuya primera manifestación es el grito de Nietzsche: Dios ha muerto. Este grito tiene un sentido de emancipación del hombre, es una liberación, no es solamente la exclamación de un pensador, sino la voz de una buena parte de la humanidad.

Lo anterior crea la necesidad de un nuevo marco filosófico. sobre la concepción de Dios.

Esta no es ciertamente la presentada por los griegos, como divinidad presente en el mundo y del que es principio y sostén. No es el Dios presentado por Platón, el sumo Bien, que no pasa de ser un idealismo lejano. Tampoco es el Dios de Aristóteles, el ser apartado del mundo. No es el Dios tomista, ser necesario y causa incausada, extraño al hombre y al mundo. No es el Dios del más allá, proyección hecha por el hombre, presentada por Feuerbach. No es el Dios clasi-sista de promesas vacías y opio del pueblo que anuncia Marx. No es el guardián de la moralidad decadente proclamado por Nietzsche, ni el tirano super-ego, producto de una ilusión infantil, vivido y pregonado por Freud.

Es quizá un Dios que sea mezcla de todo lo anterior, un Dios cercano a la historia, viviente en ella, caminante y actuante con el hombre. El Señor de la historia, de la vida y de la muerte, profundamente arraigado en el mundo y en el hombre, pero sin confundirse con el mundo y con el hombre, un Dios cercano al dolor y a la miseria, un Dios dulce, que saboree con el hombre los sinsabores de la vida diaria, que hable, que escuche, que responda a los interrogantes del hombre de nuestro tiempo, un Dios descubierto en el corazón del hombre y asumido por él mismo, el Dios "con nosotros". Ese es el Dios que hay que presentar, que responda al hombre de carne y hueso, al hombre en una situación concreta de miseria y de dolor, por una parte, y al hombre autosuficiente, dueño del mundo y de sí mismo por otra, un Dios todo en todos y para todos.

Por metafísica, entendemos una manera de percibir la realidad del mundo, y la realidad en sí misma; ello no puede hacerse independientemente del contexto histórico y cultural. Por lo tanto, tenemos que afirmar que cambios en este contexto, nos llevan a cambiar en la concepción del hombre y del mundo y todo cambio metafísico tiene en nuestro caso una repercusión en la concepción de Dios.

El problema central del S. XIII fue delimitar claramente los campos de la filosofía y de la teología y la identificación del campo de cada una de estas ciencias.

Tomás de Aquino presenta una solución. Basándose en Aristóteles afirma: todo conocimiento racional tiene su origen en la abstracción y con base en Agustín, continúa: todo conocimiento de fe, tiene su origen en la revelación divina. Estableciendo esta distinción afirma que razón y fe son fuentes del conocimiento, pero cada una referida a principios específicos; la razón se basa en los principios filosóficos del conocimiento y la fe se basa en los principios de la revelación. De esta manera queda planteado el problema de la relación entre fe y razón, que aún en este siglo no ha sido resuelto suficientemente.

La concepción empirista de Hume, y con él Locke y Berkeley, sostiene que el hombre es ante todo una creatura de instintos, hábitos y sentimientos, más que de razón. La única cosa cognoscible es el mundo de la experiencia; lo sensible es para Hume la fuente de donde deriva todo conocimiento y conocemos sólo lo material; queda descartado de plano cualquier conocimiento sobrenatural, por considerarse carente de sentido.

De acuerdo con el planteamiento anterior, es imposible para nosotros estar seguros de la existencia de seres que no tengan ninguna conexión con el mundo de los sentidos y por lo tanto, no pueden ser vistos, ni sentidos, ni tocados.

Cuando se encuentra en pleno furor esta controversia entre empiristas y racionalistas, aparece Kant. Propone un cambio revolucionario, invirtiendo la relación sujeto-objeto; el objeto es quien ahora gira en torno al sujeto. El yo comienza a ocupar la posición central en el pensamiento Kantiano.

Para este pensador, el conocimiento proviene de dos fuentes: la experiencia y la facultad mental. El pensamiento, según él, tiene tres cualidades: sensibilidad, entendimiento de la información externa y razón; por lo tanto, Kant considera imposible la reflexión sobre algo trascendente o sobrenatural. Toda realidad cognoscible tiene que estar basada en dos categorías: espacio y tiempo; fuera de ellas no puede existir realidad alguna que se pueda conocer. Dios excluye las categorías espacio y tiempo y por lo tanto no puede ser conocido, concluye Kant, no es un objeto del conocimiento.

El hombre busca el bien, la virtud, la realización de sí mismo en la felicidad. Sabe además que en este tiempo y dentro de este espacio, la virtud y la felicidad no se pueden lograr definitivamente; se necesita un ser que establezca un balance entre la virtud y la felicidad; este ser es Dios. Luego para Kant, Dios no es un objeto teórico, demostrable; es una razón práctica, un postulado necesario, por medio del cual el hombre puede ser virtuoso y alcanzar la felicidad; no necesitamos probar su existencia, basta creer en él.

DIOS EN EL MUNDO

A medida que avanzamos en este análisis, encontramos un rechazo cada vez más acentuado de un ser sobrenatural y lejano del mundo y una afirmación cada vez más radical del hombre en sí mismo.

El nuevo rumbo de la visión de Dios arranca del pensamiento de Espinoza. El habla de un Dios que no vive separado del universo, sino de un Dios que es el mundo, un Dios en todas las cosas y todas las cosas en Dios. Tenemos, sin embargo, que recordarle a Espinoza, que Dios está infinitamente dentro del mundo y del hombre, pero sin confundirse con el mundo y con el hombre.

Al lado de Espinoza, encontramos la figura de Hegel, quien rechaza al destino dualista, que ha recluso a Dios en una lejana transcendencia, sin ninguna

conexión con el hombre y con el mundo, protesta contra el Dios fuera, sobre el mundo y la historia y más allá de ellos.

La fuente suprema de la alienación del hombre, según el pensador, es el concepto de divinidad creado por él. El hombre ha creado un ser que vive fuera del mundo finito, como un ser extraño y aparte de la vida humana y de su historia. "Dios, ese divino extraño viviente en los cielos, que rige la tierra y todos sus habitantes". Ese Dios sólo interviene en ciertos momentos de la historia, es el Dios siempre lejano; esta visión de Dios, dice Hegel, es extraña y alienante.

El Dios existente es aquel que no vive sobre el mundo finito y fuera de él, sino en él y a través de él, dándole sentido, energía y orientación. Cuando el hombre busca a Dios, como objeto fuera del mundo, sólo consigue alienarse y ser extraño a la naturaleza a la cual pertenece, extraño a sí mismo como persona y extraño a los demás compañeros de existencia. La alienación se presenta en estos tres claros sentidos.

El hombre separado de la naturaleza. Si Dios es un objeto fuera de la naturaleza y separado del mundo y del hombre, el hombre para encontrarlo ha de abandonar su propio mundo y buscar a Dios en un mundo extraño, haciendo de la naturaleza algo que no le pertenece.

El hombre alienado en sí mismo. Si Dios es un objeto viviente fuera del mundo, nosotros, afirma Hegel, no necesitamos buscar la armonía de nuestra existencia. Si somos finitos, limitados, dependientes es un Dios extraño, no es posible discernir nuestra propia existencia, nuestra propia conciencia, nuestros propios sentimientos. El hombre, frente a tal Dios, sólo llega a ser un esclavo.

El Hombre extraño para el hombre. Dios como objeto fuera del mundo, impide que el hombre pueda encontrar a Dios en el otro, ya que la relación del hombre con Dios es una relación de amo, de señor supremo

con el esclavo, el cual debe obedecer y servir; la vida humana se convierte en dominación. Dios como objeto, y objeto fuera del mundo, es sólo un símbolo de todos los regímenes de dominación y de alienación.

Cuando Dios se convierte en un objeto, imposibilitado para comprometerse con el mundo y con la historia, resulta un ser imposible de encontrar en la naturaleza, en nosotros mismos, en el otro, convirtiéndose en un monstruo de alienación.

Hegel ve la necesidad de llegar a la unidad de lo finito y de lo infinito; esta unidad no se puede alcanzar sino mediante la asunción de lo finito por lo infinito. Esta asunción está representada en Jesucristo, en su muerte y en su resurrección. En Cristo, Dios mismo murió, pero también resucitó, lo que significa, que el dolor infinito por la muerte de Dios es asumida por Dios mismo. Dios se abaja, se anonada en el interior del mundo, pero esta muerte no es su fin; después de la muerte viene la resurrección. Dios es el absoluto mismo y puede y debe resucitar de la nada, superándose, en cierto modo, a sí mismo, y resucitar como totalidad suprema. Esta es la dialéctica divina.

Dios penetra en el mundo; al penetrar en el mundo, participa del sufrimiento, de la infelicidad y del dolor del hombre; a través de esa mundaneidad, Dios vuelve a sí mismo y la riqueza del mundo se integra a Dios. Este es el espíritu absoluto divino, que hace la unidad del sujeto y el objeto, del ser y del pensar, de lo real y de lo ideal. Es el Dios en el mundo.

Al final del pensamiento de Hegel sobre la realidad de Dios, debe quedar muy presente, en la mentalidad del momento, la necesidad de un nuevo planteamiento sobre la concepción de Dios para el hombre actual, no ciertamente bajo supuestos griegos, medievales, racionalistas o empiristas, sino bajo actuales condiciones de comprensión, a la altura del pensamiento actual y del actual contexto histórico.

Hegel hace un gran intento para crear la unidad de Dios y del mundo. En él no se puede aceptar la visión de integridad, pero sí podemos desde él, repensar la mundaneidad y la historicidad de Dios, puesto que el hombre y Dios, sí están relacionados.

Dios no ha sido nunca supra terreno, que está sobre las nubes en un cielo físico, más allá de las estrellas, o un monarca alejado de la vida del mundo y del hombre. El está en este mundo y este mundo está en Dios; no es un finito supremo entre otros finitos; es lo infinito en lo finito, para que lo finito se pueda dar. No es el absolutamente inmóvil, que sólo se conoce a sí mismo. Es el Dios viviente, el dinámicamente real y actuante en la historia, sentido de la realidad del mundo y del hombre. Esto significa para el ser y el obrar del hombre, que Dios es el Dios vivo, que con toda su libertad conoce al hombre, actúa en su historia, lo mueve y lo atrae. Partiendo de la historicidad de Dios, se puede comprender a un Dios, que no permanece inmóvil en el ámbito ahistórico o supra-histórico, sino que actúa vivamente en la historia.

Continuando el proceso de la historia, nos encontramos con la figura de Feuerbach, quien defiende, como única realidad al hombre y lo material. Fuera de la naturaleza y del hombre, afirma, nada existe. Los seres superiores que el hombre ha creado, no son más que el reflejo fantástico de su propio ser. El ser humano, en lugar de buscar una vida en el más allá, debe buscar una vida nueva aquí y ahora. A Feuerbach tenemos que decirle que cada hombre tiene que empeñarse en buscar una vida nueva aquí y ahora, una plena realización en lo humano, pero siempre apuntando hacia el suspiro anhelante del espíritu, que no está en sí mismo, ni tampoco en la nada, sino que es un caminante hacia una realidad meta-física. El hombre es grande, en virtud de un ser que lo es infinitamente más que él.

El Dios de Feuerbach es un reflejo proyectado

por el hombre, detrás del cual, en realidad nada hay. Lo divino es lo universal humano proyectado al más allá. Precisamente es todo lo contrario, es Dios quien se refleja en el hombre, para que el hombre sea grande en medio de su pequeñez y finitud.

DIOS UN CONSUELO INTERESADO?

La idea de Dios como mera proyección del hombre, proclamada por Feuerbach, es sostenida por Marx. En la fantástica realidad del cielo, afirma, donde el hombre busca un super-hombre, no ha encontrado más que el reflejo de sí mismo. De la misma manera, la religión es la medida de los males sociales, producidos por la sociedad; ella es producto de la alienación.

Las injustas e inhumanas relaciones sociales, afirma Marx, son las que la religión engendra y sanciona a la vez, apoya, justifica y mantiene en vida, por medio de vanas esperanzas.

Toda la vida humana, según Marx, se construye sobre un solo símbolo: el dinero. Es la poderosa divinidad que domina hoy el mundo, capaz de transformar enemigos en amigos y amigos en enemigos, invertir los juicios de los hombres y el significado de los acontecimientos de la vida.

La sociedad está completamente dominada por la cuestión dinero; todo es designado por un precio; la vida misma tiene hoy, tristemente, un valor monetario y si nosotros no nos hemos vendido todavía, es porque quizá aún no nos han puesto precios; es penosa realidad de nuestra historia, de este final del S.XX.

El hombre no es capaz de encontrar la felicidad y crea otro mundo, el mundo religioso, dice Marx. Ella, la religión, justifica los procedimientos que conducen a la alienación y se identifica con el orden social, político y económico; crea una conciencia falsa para sostener el sistema, prometiendo al hombre una plena realización fuera de este mundo. Esa religión

es la expresión de la creatura oprimida, el corazón de un mundo sin corazón, el opio del pueblo.

Ante los postulados de Marx, tenemos que admitir que no podemos ignorarlo hoy. La religión se mide por la práctica, no es una ideología, es una doctrina de vida; no es un mero conjunto de normas prohibitivas, ni vanas esperanzas. En un mundo y en un país, donde el hombre está agobiado y explotado, la religión no puede ser un símbolo principesco y feudalista, sino una ley de amor, de justicia y de verdad, para un servicio de liberación del hombre; no es un fanatismo sin vida, sino una respuesta práctica en una vida concreta. Tiene que ser una dialéctica del amor y no unas normas, que amparan el sistema institucional. Le ha servido de algo a nuestros pueblos la gran religiosidad de que hablamos? Es una pregunta que tenemos que considerar. La verdadera fe en Dios tiene que mostrarse, acreditarse y verificarse en la práctica.

EL PROBLEMA DEL SIGNIFICADO

Este planteamiento tiene como finalidad una pregunta. Qué sentido tiene hoy creer en Dios? Esto significa buscar el papel de Dios, para que el ser humano pueda interpretar su propia realidad: su angustia y su esperanza, su fracaso y su éxito, su historia pasada y sus circunstancias presentes. En otras palabras, nos vemos en un campo de búsqueda, de respuestas concretas a las situaciones cruciales de la vida del hombre, para ver si Dios significa algo como respuesta.

La religión, a lo largo de la historia, ha tratado de dar respuesta a preguntas fundamentales, tales como: De dónde viene el hombre? A quién debe su existencia, tanto él como el mundo? Hablando con sinceridad, muy pocos han tratado de absolver tales interrogantes, por no decir ninguno. La existencia concreta del hombre la podemos enmarcar en tres momentos característicos: desconcierto, sufrimiento y paradojas éticas, a los cuales el hombre, tiene que darles un

significado.

La pregunta central, siempre, es: Por qué suceden las cosas? Por qué sufro? Qué mal he hecho? Job, el famoso personaje bíblico, nos presenta una síntesis del eterno "por qué", aparecido diariamente en la vida de los hombres.

Job se preocupa no sólo de su propia desgracia, sino también de la de su familia, la de sus cercanos, la de los que ama. Frente a esto, no encuentra otra respuesta que la misma de los millones de seres humanos hoy.

Dios no tiene ninguna función en mi existencia: hablo y no escucha, grito a El y no me responde. El personaje bíblico se ve obligado a pedir una explicación a Dios de su ruina y la de los demás. Está desconcertado por la injusticia que sufre, por la cual un Dios supuestamente recto, deja de distribuir equitativamente, premiando a los injustos y castigando a los buenos. Este es el dilema humano que persiste hoy y cuya solución no siempre se encuentra en los sistemas religiosos. Desde Sócrates hasta hoy se ha tratado de afirmar en dónde está el significado de la existencia humana. La respuesta no está lejos de nosotros mismos. Este sentido, para Sócrates, para Goethe... en último término, reside en el hombre mismo.

Para muchos hombres de hoy, el sentido de sus vidas no está en ningún Dios, sino en la potencia, en el deseo de querer ser lo que existe dentro de ellos mismos, que los impulsa a crear inquietudes y buscar soluciones a los problemas, que les plantea la existencia misma, no en un sentido que aparezca más allá de lo que cotidianamente se presenta, o a través de fórmulas dogmáticas, ya hechas y solucionadoras automáticas de los problemas del hombre.

En este momento de la historia, muchos individuos y grupos, en lugar de buscar fuera de sí mismos el sentido y dimensión de su existencia, retornan a su



propio ser, para desde allí interpretar el mundo que los rodea; el hombre de hoy no quiere recurrir a las soluciones tradicionales. Sufrir por la salvación personal o de la humanidad, o esperar pacientemente, desde los momentos de crisis y de desesperanza, en tiempos futuros de liberación y felicidad, ya no es un altruismo o una virtud. Hoy lo que el hombre quiere es vivir la realidad, su propia realidad. Cuál? El mundo y todo lo que ese mundo representa, su historia, el pasado, el presente, el futuro, su materia y energía, su naturaleza y su cultura; es una lucha por sobrevivir, en medio de las ambivalencias tan difíciles de aceptar, como lo describe el famoso Dostoievsky. Este es el símbolo de nuestra historia, que todos tenemos que entender, si queremos actuar en ella; de lo contrario, seremos meros actores, sin público y sin escenario. La teología de hoy tiene que ser consciente de este proceso histórico, si no quiere hablar un lenguaje desconocido y ausente de la realidad.

Vivimos en un mundo que siempre ha estado en un proceso de cambio, en que la creatividad y la novedad aparecen constantemente; este mundo en proceso, significa que es algo no acabado, un universo abierto, donde algo puede hacerse cada día y donde algo nuevo siempre llega.

El Dios presentado por la filosofía cristiana, la gran mayoría de las veces, es un Dios muerto. Necesitamos una reconstrucción de la idea de Dios, un lenguaje nuevo, que corresponda a las nuevas concepciones del mundo y del hombre. El Dios que necesitamos es uno que sepa hablar el lenguaje humano, un Dios que sea igualmente capaz de participar en la historia del hombre, comprometido con el hombre mismo y su realidad, un Dios que se relacione con nosotros, con nuestros éxitos y fracasos, símbolo de novedad y creatividad y en total relación con el universo. Un ser al cual no conocemos, pero podemos experimentar creyendo en El y dando significado a nuestra existencia; una realidad con "cara humana", que habla, concede, perdona, ama, conoce el gozo y el sufrimiento,

es clemente; ese es Dios viviente, símbolo en el cual creemos, quien está hoy acá y lo estará más tarde, quien se siente lejano y cercano, en completa relación con el hombre y partícipe de su destino y de su historia.

El hombre actual se caracteriza, por estar vacío de todo contenido trascendente. La paradoja está en que tal enajenación no ha redundado en beneficio del hombre; éste, en lugar de ocupar un lugar digno en la historia, ha terminado desmoronándose a sí mismo, desintegrándose, desustantivándose. Lo que queda son las migajas de un yo roto y una menesterosa e insoportable soledad. Cuando el entendimiento humano se ve abandonado a sus propias fuerzas, viene a terminar en la incredulidad, en el antropocentrismo.

Zubiri ha descrito tal situación, en forma casi dramática: "Cuando el hombre y el corazón quisieron serlo todo, se perdieron a sí mismos, quedaron en cierto modo, anonadados; de esta suerte, el hombre del S. XX se encuentra más solo aún, esta vez, sin mundo, sin Dios, sin sí mismo".

Todo vacío o ausencia de Dios hace que el hombre teológico deba ser expuesto hoy de manera distinta a como lo fue en otras épocas. El hombre medieval, por ejemplo, vivía inmerso en una fe y en una teología, se movía en el elemento de lo divino, Dios estaba a la vista, "viniendo" al encuentro del hombre. Por ello Tomás de Aquino trata de probar lo que tiene delante.

Hoy estamos instalados en una posición diametralmente opuesta. Orgullosos de lo humano, muchos han perdido de vista lo divino; lo divino ha desaparecido del horizonte intelectual. El elemento en el que se mueve el hombre moderno es la realidad natural, poseída por la ciencia, por la técnica, por la economía. En estas circunstancias, las clásicas pruebas de la existencia de Dios no han surtido ya efecto.

Tales inquietudes demuestran que el problema de

Dios debe ser planteado a un nivel más radical que el de las clásicas pruebas; en el momento presente, todo es pragmático; a la demostración debe preceder la mostración. Teniendo en cuenta la situación latinoamericana actual, se insinúa un nuevo lenguaje de la trascendencia, mediado por la praxis de la liberación; los pobres con su pobreza y opresión cuestionan éticamente al mundo de dominación y de lucro del cual son marginados. La voz del pobre es la voz no aniquilada de la trascendencia.

En América Latina hablamos de los pobres y más aún, de los pueblos oprimidos; aquí los pobres hay que entenderlos estructuralmente, como grupos y comunidades dependientes, con todas las consecuencias que ello implica.

El pueblo busca romper con la modernidad dependiente, que algo lo libere de la manipulación y de la idealización de las concepciones de Dios.

El camino por recorrer es largo, somos todos los infatigables obreros de paz, que sólo germina donde hay justicia, donde hay verdad, donde hay bien, donde éstos tan ausentes del mundo y del hombre de este final del S. XX.

Todo hombre tiene derecho a su trabajo, como medio para alcanzar las metas de su vida; es de justicia cambiar las estructuras económicas y sociales del país, si no responden a ese derecho. Se tiene que buscar la fórmula, para que los poseedores de grandes fortunas, las encaminen hacia una función social, en este caso, a proporcionar trabajo, amparado por un salario justo, pero a la vez correspondido por un trabajo igualmente justo y honesto, como símbolo de perfección del hombre.

El compromiso en la historia es doble. Dios que actúa en ella dándole sentido y el hombre que construye esa historia, ennobleciéndose a sí mismo y a los demás que marchan a su lado, hacia una meta de superación y trascendencia.